



Misa Crismal - 2008

Las lecturas de la Misa Crismal sitúan la acción profética y sacramental de la Iglesia bajo la acción permanente del Espíritu Santo.

La frecuentes referencias de Isaías al Espíritu expresan la convicción, común en la fe de Israel, de que toda vida procede del aliento de Dios: Dios es quien mantiene y da de nuevo la vida. Después de predecir la caída de Samaría, anuncia el profeta Isaías un día nuevo en el cual *“será el Señor todopoderoso corona preciosa y espléndida diadema para el resto de su pueblo; inspirará justicia al que tenga que juzgar y valor a quienes defiendan la ciudad”* (Is 28, 5-6).

En medio del peligro que representaban los ataques de reyes vecinos, promete Isaías al rey de Judá la liberación y un futuro lleno de esperanza con la profecía del Emmanuel (7,14). Y frente a la invasión por el rey de Asiria anuncia la permanencia de un resto: *“El resto que sobreviva de la casa de Judá echará de nuevo raíces y volverá a dar fruto. Porque quedará un resto en Jerusalén; y sobrevivientes en el monte Sión. Así lo realizará el Señor todopoderoso”* (Is. 37, 31-32).

La plenitud de este resto se predice para el tiempo de la venida del Mesías-Rey. En el capítulo 11, escribe Isaías: *“Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, un vástago florecerá de sus raíces. Sobre él reposará el espíritu del Señor: espíritu de inteligencia y sabiduría, espíritu de consejo y de valor, espíritu de conocimiento y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor* (Is 11, 1-3). Esta profecía sobre el Mesías-Rey pertenece a un tiempo en el que todavía existía el reino de David. Según ella, el Mesías recibirá del Señor todos los dones necesarios para gobernar con justicia; y el fruto de la justicia será la paz (Is 32, 15-17). De la descendencia de David nacerá un nuevo Adán. La tierra estará llena del conocimiento de Dios y así se instaurará de nuevo la armonía del primer paraíso (Is 11, 4-9).

En el capítulo 42, en el primer poema del siervo del Señor, Isaías se refería probablemente al rey Ciro de forma inmediata, pero se puede ver en él también una referencia al Mesías. El profeta escribe: *“Este es mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien me complazco. He puesto sobre él mi espíritu para que traiga la salvación a las naciones... Yo el Señor te llamé..., para abrir los ojos de los ciegos, sacar de la cárcel a los cautivos, y del calabozo a los que habitan las tinieblas”*. (Is 42, 1.6.7).

Isaías llama siervos del Señor a los grandes realizadores del plan de Dios entre las naciones en relación con su pueblo. A través de Israel hay después del destierro en Babilonia una ampliación del plan salvador de Dios a todas las naciones. La vuelta del destierro es para Isaías un nuevo éxodo, una nueva liberación que acontece, igual que la salida de Egipto, bajo el impulso y guía del espíritu del Señor.



En la perspectiva de la ampliación de la elección de Dios a todos los pueblos a través de Israel, que ocupa el lugar central como luz de las naciones, se encuentran los capítulos 60 y 61 del tercer Isaías, dirigidos a los que han vuelto del destierro como palabra de aliento para la restauración en Jerusalén de la nueva ciudad de Dios. El retorno físico del destierro no ha ido acompañado todavía de un verdadero retorno espiritual a la fidelidad a la alianza de Israel con Dios. Por ello, el profeta grita con fuerza a Jerusalén: *“Levántate y brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor, amanece sobre ti. Es verdad que la tierra está cubierta de tinieblas y los pueblos de oscuridad, pero sobre ti amanece el Señor y se manifiesta su gloria. A tu luz caminarán los pueblos”* (Is 60, 1-3).

En este contexto está situado el texto de la primera lectura de hoy, tomado del comienzo del capítulo 61 de Isaías: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor”*.

Este Mesías, ungido por el Espíritu del Señor, no es presentado con los rasgos de un rey, sino como un profeta, y no es llamado siervo, pero recuerda algunos de los rasgos de los poemas del siervo de Dios de los capítulos 42, 49 y 50.

El profeta no se dirige explícitamente a los que han vuelto del destierro de Babilonia y a las naciones, sino de forma más general a todos los afligidos, los afligidos de Sión. A ellos se les anuncia un año de gracia del Señor y se les revela que serán convertidos en pueblo sacerdotal de Dios: serán llamados *“Sacerdotes del Señor”* y reconocidos entre las naciones como *“la estirpe que bendijo el Señor”*. Ellos son los que reciben la promesa de una alianza perpetua, para proclamar con gozo la salvación y la alabanza de Dios ante todos los pueblos.

El Evangelio de Lucas narra que Jesús regresó a Galilea lleno de la fuerza del Espíritu Santo (Lc 4, 14-16), que había bajado sobre él en forma visible en su bautismo (Lc 3,22). En la sinagoga de Nazaret proclamó el comienzo de su misión, refiriendo a sí mismo la profecía de Isaías: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista, para dar libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor...Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”* (Lc 4, 18.19.21).

Lucas, lo mismo que el texto citado de Isaías, presenta la misión para la que es enviado Jesús con los rasgos de la misión de un Mesías profeta. El anuncio de la buena noticia para los pobres, es el don de la vida renovada que trae consigo el año de gracia del Señor. Los signos de este año de gracia son la liberación de toda esclavitud y la curación de la ceguera con la luz de la verdad, que nos hace libres. El año de gracia es todo el tiempo mesiánico, que empieza con la historia de Jesús y terminará con su



venida en gloria al fin de los tiempos. La gracia es la salvación que Dios ofrece gratuitamente en Cristo y por Cristo.

Jesús se presenta a sí mismo como lleno del Espíritu, como Ungido; es el Cristo Mesías. Él es el verdadero anunciador del Evangelio a los pobres, que da la vista a los ciegos. Él es el verdadero Siervo de Dios, que viene a cargar con los pecados del pueblo para dar libertad a todos los oprimidos y hacer presente el año de gracia del Señor, para realizar en plenitud la salvación prometida por Dios. Jesús es el Hijo entregado por Dios como gloria de Israel y como Salvador “*presentado ante todos los pueblos*” y “*luz para alumbrar a las naciones*” (Lc 2, 30-32).

El himno litúrgico que recoge el texto del Apocalipsis es una bendición trinitaria. La misericordia de Dios se prolonga a lo largo de toda la historia de la salvación, porque Dios es amor eterno. Jesucristo, el testigo fiel y obediente, “*Aquel que nos amó*”, lleva a culminación en su cruz y resurrección el amor de Dios a este mundo. Con su sangre ha redimido el pecado del mundo y nos ha reconciliado con Dios; “*nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios*”. Por ello, todos “*mirarán al que traspasaron*” (Jn 19,37). Y el Espíritu Santo es sugerido con el símbolo de los siete espíritus que están ante el trono de Dios; es la plenitud del amor de Dios, que se manifiesta en el Ungido, en Jesús.

De la fuente del amor trinitario nace el pueblo sacerdotal redimido con la sangre de Cristo. Por ello, la Iglesia del Apocalipsis proclama agradecida su elección gratuita por el Amor de Dios. Y lo hace en medio del mundo y frente a los poderes que la acosan y persiguen. El reino es de Dios y de su testigo fiel, y la Iglesia lo quiere anunciar con cantos y con el testimonio hasta dar la vida. La confesión de fe de la comunidad es martirial, como corresponde a su condición de pueblo redimido con la sangre de Cristo.

Los evangelios anuncian que todas las antiguas promesas de salvación de Dios se cumplen en Jesús de Nazaret, el Hijo amado de Dios. Él es el comienzo del tiempo de la efusión del espíritu como don mesiánico sobre un pueblo de Dios con vocación universal.

Todos los evangelios testimonian la existencia de una continuidad de misión entre Jesús y la Iglesia. Pero es en los escritos de Lucas donde esta continuidad está configurada de forma especial bajo la acción del Espíritu Santo. En los Hechos de los Apóstoles el Espíritu Santo pertenece esencialmente a la Iglesia y está vinculado a sus representantes auténticos; es el principio dinámico del testimonio apostólico de la fe, que lleva a la extensión de la Iglesia a partir del acontecimiento de Pentecostés.

Toda la Iglesia es de naturaleza sacramental y es en Cristo el sacramento original de la salvación. El Espíritu Santo viene a ella de forma permanente, constituye su alma propia, la establece así en su más íntima verdad sacramental y le asiste en su misión. Todas las funciones y tareas con las que lleva a cabo su misión son el fruto de la acción del Espíritu, que es invocado por la Iglesia en una epiclesis continua.



Carlos López Hernández

La Iglesia es obra del Espíritu, que es su cofundador, junto con Cristo. El Espíritu es el principio de vida y de unidad de la Iglesia; de su misión universal, es decir, de su catolicidad, así como de la permanencia en su fidelidad al Señor a través de la sucesión apostólica. Y el Espíritu es también el principio de la santidad de cada cristiano y el agente principal de la función de santificación en la Iglesia.

El Espíritu Santo es el principio de vida en la existencia personal de cada cristiano. En efecto, *“Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo”* (Gal 4, 6) para que haga realidad, personalice e interiorice en nosotros la vida en Cristo. El Espíritu nos mantiene en la lucha contra la carne y nos hace libres; nos enseña a orar como conviene y nos mantiene en la esperanza de la consumación final. Por ello, en el Credo la confesión de la fe en el Espíritu Santo precede y es condición necesaria para la confesión de la fe en la Iglesia.

Y el Espíritu es un elemento determinante en cada sacramento. La Iglesia, como sacramento original, actualiza en el presente acontecimientos pasados en orden al reino de Dios y a la vida eterna en la comunidad con Dios mismo. Y esto se refleja en cada sacramento, que es memoria de acontecimientos salvadores, signo profético del futuro y presencia actual de gracia. La unidad de estos tres elementos se realiza por obra del Espíritu Santo. Hay un sacramento cuando el Espíritu Santo, a través de elementos materiales, hace vivir a los hombres aquí y ahora de la obra salvadora de Cristo. La Iglesia tiene certeza de que Dios actúa en ella a través de sus sacramentos. Pero como el principio de la actuación salvífica es Cristo y no la misma Iglesia, ella pide como una gracia la efusión permanente de su Espíritu santificador.

Hoy se cumple en la Iglesia de Cristo en Salamanca la Escritura que acabamos de oír, porque la consagración y misión de Cristo por el Espíritu Santo son la fuente viva de donde brotan la consagración y la misión de la Iglesia, plenitud de Cristo (cf Ef 1,23). *“Con la regeneración bautismal descende sobre todos los creyentes el Espíritu del Señor, que los consagra para formar un templo espiritual y un sacerdocio santo y los envía a dar a conocer los prodigios de Aquel que, desde las tinieblas, los ha llamado a su luz admirable (cf 1 Pe 2,40.”* (PDV 18). Así lo expresa la oración colecta de hoy: *“por la unción del Espíritu Santo constituiste a tu Hijo Mesías y Señor, y a nosotros mismos, miembros de su Cuerpo, nos haces partícipes de su misma unción.”*

El cumplimiento de la Escritura en cada hoy de nuestra historia diocesana acontece realmente para todos los fieles en la celebración de los sacramentos, y de forma eminente en el sacramento de la Eucaristía. Por ello, en el marco de la celebración de la Eucaristía vamos a bendecir hoy el óleo de los catecúmenos y de los enfermos y consagraremos el crisma, signos sacramentales para los sacramentos de la unción de enfermos, el bautismo, la confirmación y el orden sagrado.

Los sacerdotes nos hallaremos así en la fuente de nuestra existencia sacerdotal y ante el campo de ejercicio de nuestro ministerio. Y escucharemos referida a nuestra



Carlos López Hernández

consagración y misión sacerdotal la palabra de Jesús: *“Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”*.

En la víspera de la conmemoración de la institución de la Eucaristía y del Sacramento del Orden, vamos a renovar las promesas de nuestra ordenación sacerdotal, con la voluntad de unirnos más a Cristo y de configurarnos con él, renunciando a nosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los deberes que, por amor a Cristo, aceptamos gozosos el día de nuestra ordenación para el servicio de la Iglesia.